

interés con que renunció cuantas dignidades le ofreciera la silla apostólica, satisfecho únicamente con recibir en premio de sus brillantes servicios una reliquia de san Cesáreo mártir; nada, en fin, de los sacrificios, penalidades y persecuciones que le proporcionó su celo, especialmente en la predicación de la cruzada contra los infieles. Solo nos contentaremos con decir, que un santo á quien visitaron y consultaron los sumos pontífices, los obispos y cardenales, á quien obedecieron los príncipes mas soberbios, á quien los pueblos veneraron, á quien escucharon como un oráculo los concilios; un santo que por la gloria de Dios y de su iglesia pasó tres veces á Alemania, recorrió la Francia, atravesó los Alpes, é iluminó á toda la Europa con los resplandores de su doctrina, y hoy día ilustra á todo el orbe católico; un santo, que uniendo el retiro y la austeridad del solitario á la infatigable actividad del apóstol, destruyó el error, ahuyentó el cisma y confundió la impiedad, es en toda su expresión un héroe ensalzado por Dios para ser con su vida el terror de los enemigos de la virtud, y con su celo y doctrina el pacificador de los mas horrendos monstruos: *Magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit.*

¡Oh dulcísimo Bernardo, honra y prez del doctorado católico! la iglesia deudora por mil motivos á tu infatigable celo, y tus relevantes servicios, te ha conferido justamente este nuevo título; y tu doctrina suave como la miel, y como el néctar purísima, es y será siempre un baluarte firmísimo contra todos sus enemigos. Ahuyenta, como lo hiciste en tu vida, los monstruos que todos los días aborta el averno para desventura de la humanidad, y prueba de la firmeza de la fe. Inspíranos el santo celo con que defendiste la verdad, la moral y la unidad católica; consíguenos del Señor, á quien con tanto fervor serviste, y de María, á quien tan apasionadamente amaste, gracia para imitar tus virtudes, á fin de merecer ser un día contigo moradores de la celestial Jerusalem, la gloria.

SERMON

DE SAN BLAS, OBISPO Y MÁRTIR.

(DE ANDRES.)

Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios... non potest meus esse discipulus.

Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre y madre, y mujer é hijos... no puede ser mi discípulo.

S. Luc, c. 14. v. 26.

Cuantas veces como desde una alta atalaya me paro á considerar los estudios y conatos de los hombres, apenas puedo detener el curso á mis lágrimas, viendo la miserable ceguedad de los mortales. Como si las honras y dignidades fueran el colmo de la suma felicidad, según locamente creyó Aristóteles, así enderezan á su consecución todos sus pensamientos y diligencias. Proponen subir al alto monte de la honra, aunque no conozcan otros caminos que los de la iniquidad.

Puede darse mayor ceguedad en los mortales? ¿Pudiera creerse si no se viese, tal estolidez de entendimiento, semejante corrupción de voluntad? O hombres insipientes, diría yo! O necios, (para decirlo con las mismas palabras de los Proverbios) ¿hasta cuándo habeis de amar la infancia, y des-acordados buscáis las cosas que os son nocivas? *Usque quo parvuli diligitis infantiam, et stulti ea, quæ sibi sunt noxia cupient!* (1) ¿Dudais que haya otros caminos que llevan á las honras mucho mas espaciosos que los de la iniquidad? Creeis que el delito es el único brazo que puede levantaros? Os persuadireis que á la injusticia es á quien debais reconocer deudores de vuestras pretendidas exaltaciones? Os engañaís. Registrad las historias divinas y humanas, y vereis que hay

(1) *Prov. c. 1. v. 22.*

medios mas poderosos para levantarlos. En ellas leereis que la virtud ha sido siempre el camino mas trillado para llegar los hombres al mayor honor, y afianzarlos en él contra todas las oposiciones del mundo. Y si no quereis tomar el trabajo de revolver historias, bastará para convencerlos atender solo al objeto de nuestra solemnidad. Mirad á san Blas hecho obispo de la ciudad de Sebaste, pero él no alcanzó esta dignidad con el ardid y negociacion, como Alzimo alcanzó de Demetrio le restituyese al sumo sacerdocio (1); no la obtuvo con el fraude y el dinero, como Jason compró de Antioco el pontificado (2); no con la simonía, como Graciano pretendió la dignidad mas augusta de la Iglesia. (3) Todos los méritos de nuestro santo se formaron del esplendor de su santidad, de la pureza de su conciencia, del candor de sus costumbres: *Qui cum omni sanctitate poteret, electus est à christianis in ipsius civitatis episcopum.* Todos leían en él como en un Evangelio vivo, las saludables máximas que dió el Salvador del mundo á las turbas que le seguían. Le miraban como un hombre, en quien no hacían impresion los afectos de la carne y de la sangre; un hombre aborrecedor de sus padres (4) y de su misma vida (entendido este aborrecimiento segun el espíritu de quien lo pide á sus discípulos en el Evangelio, y como lo entendió san Gregorio en su homilia 37.), un hombre arrojado en brazos de la cruz y crucificado al mundo, para vivir solo á Jesucristo; un hombre finalmente irreconciliable con los sentimientos del amor propio. Por este carácter era conocido cuando de comun consentimiento del pueblo fué elegido obispo de su ciudad. Y como en esta eleccion no intervino la lisonja, ni se miró parentesco, ni se cuidó del soborno, sí solo al mérito de las virtudes, por lo mismo hizo Blas su gobierno feliz. Ante todas cosas tuvo presente aquel consejo de los Hechos apostólicos: *Attendite vobis, et universo gregi, in quo vos Spiritus Sanctus posuit episcopos regere Ecclesiam Dei* (5). Atendió de suerte á sí y á sus ovejas, que fué visto hecho un modelo de obispos perfectos. Llenó tan á satisfacion las esperanzas que desde el principio se tenían concebidas de sus talentos y de su mérito, que no dudó intitularle: *El obispo perfecto.* Veis aquí la proposicion. Creeré ha-

(1) *I. Mach. c. 7.* (2) *II. Mach. c. 4.* (3) *M. Flo. Cla. Hist. sigl. XI.*
 (4) *Et non odit Patrem suum. Luc. c. 14. v. 26.* (5) *Act. c. 20.*

ber hecho cuanto debo y puedo para satisfacer vuestras esperanzas, y el mérito de nuestro santo, si llego á hacerle, no solo conocido, sino distinguido por el carácter del *obispo perfecto. Ave Maria.*

Si quis venit ad me, et non odit Patrem suum, etc.

Cualquiera que no esté instruido de las calidades que deben concurrir para formar un obispo digno, juzgará que yo no elogio bastantemente á nuestro santo, cuando me propongo representarle como obispo perfecto. Mas quien sepa que segun el sentir del apóstol debe ser el obispo un hombre, cual el mismo san Pablo le describe en su epístola á Timoteo, no reputará vulgar el elogio que yo doy á nuestro santo intitulándole el obispo perfecto; ántes bien quedará persuadido que si yo cumpla cuanto prometo el elogio, no habré podido hacer cosa mas gloriosa para nuestro santo. Tan arduo empeño conoció Blas llegar á ser un obispo perfecto, que si no desconfió de salir con ello, creyó á lo ménos deberle costar todo su desvelo y aplicacion. Y porque consideraba podían retraerle ó los halagos, ó las amenazas con que Diocleciano pretendia extinguir la fe en Sebaste, se determinó á partir á la soledad, donde como en lugar mas propio para la virtud, pudiese adquirir el tesoro riquísimo de merecimientos, á que consideraba poder anhelar por su dignidad. Yo, cuando miro á Blas hacer sus disposiciones para retirarse al desierto, temo que él no se acuerda ya de que es obispo. Obispo, y al desierto? No es esto Blas lo que corresponde á la dignidad de obispo. La fuga que meditas deshonorará tu carácter. Eres pastor? Pues vela sobre tus ovejas, llévalas los pastos saludables, y no las expingas á ser presa del sangriento lobo Diocleciano. Acuérdate que no eres mercenario que abandona las ovejas, dejándolas á la discrecion del lobo. Eres obispo, son tus feligreses ovejas propias; y así, segun el consejo de Jesucristo, debes poner tu alma por su defensa. Con la dignidad de obispo se te intima aquella ley de Jeremías: *Ecce constituite hodie: Ut evellas, et destruas, ut dissipas, et ædifices, et plantes* (1). Debes arrancar los abusos, debes exter-

(1) *Jer. 1. v. 10.*

minar los vicios; debes plantar las virtudes, debes inspirar un cristiano valor á tus súbditos, y debes proponerte por ejemplo de quien aprendan á burlar todos los esfuerzos de la crueldad, y á eludir las bárbaras pretensiones del tirano.

Por tanto no desampares, Blas, tu silla de Sebaste. Quédate á repartir el pan de la doctrina. Haz robusta la fe de tus súbditos con los saludables documentos. Mas qué digo yo? Pártete, Blas, presuroso á los desiertos. Dáte prisa á salir de Sebaste y encaminarte á la profunda soledad. No temas por esto faltar á tus deberes, pues el mismo Jesucristo aconseja á sus discípulos, que cedan el lugar y muden domicilio, cuando se levantan contra ellos sangrientas persecuciones: *Cum autem persequentur vos in ista civitate, fugite in aliam* (1) Y acaso, señores, faltan razones para persuadir, no solo que fué lícita, sino digna de alabanza la fuga al desierto de nuestro Blas? Era nuestro santo persona pública, y muy necesaria para conservar en el pueblo las obligaciones de la Religion: quedándose en Sebaste, era de temer que con su muerte acabase tambien la pobre cristianidad. En el tiempo de la persecucion era verisímil que se entibiase en muchos el fervor, y padeciese en otros sus quiebras la pureza de la fe, y así se hacia forzoso que atendiese Blas á ponerse en salvo, para poder despues acudir á reparar las pérdidas de la Religion, y volver sus ovejas á los antiguos caminos. Ni retirándose Blas al desierto creyó privar enteramente á sus súbditos de los socorros tan necesarios de su doctrina. Él continuaba en el desierto este empleo de su misericordia y su dignidad, repartiendo desde allí el pan de las cristianas enseñanzas. Entre los muchos que debieron su salud al celo de nuestro santo, fueron aquellas siete mujeres, las cuales recibieron la fe tan constantes, que no dudaron ofrecer sus cuellos al bárbaro cuchillo. Sobre todo la fuga de Blas al desierto no fué sugerida de su capricho, sino de la inspiracion de Dios; porque si no fuera así, no hubiera dado el cielo en tantos prodigios otros tantos testimonios de su aprobacion. Qué otra cosa fué que un testimonio auténtico que daba Dios de lo que se complacia en la resolucion de Blas, aquel doblarle su rodilla el leon, aquel caer á sus plantas humilde el tigre, aquel visitarle á porfía en su cueva el lobo voraz, el tímido corzo, el ligero venado, sin quererse

(1) *Matth. c. 19. v. 23.*

partir hasta que el santo les diese su bendicion? Prodigio fué este concedido á Adan mientras fué inocente, y que se trasladó á nuestro santo, por haber mantenido siempre la rectitud inocente que recibió en el Bautismo.

Sucedía, dice san Vicente Ferrer, que llegada la hora de tomar Blas su preciso alimento, se salia de su cueva á esperarlo de mano de la Providencia. Luego renovándose en uno de los milagros hechos á beneficio de muchos justos, se veían venir á la mano de Blas, ahora bandadas de palomas con granos de trigo en sus picos, luego multitud de tordos con aceitunas, y por usar los cuervos las mismas atenciones con nuestro santo que usaron con los Pablos y los Onofres, le traían higos para su sustento, contribuyendo con esto todas las aves á calificar aquella sentencia de David: Que el Señor provee de alimento á sus siervos en el tiempo mas oportuno (1). Ni lo extrañéis, pues ya dijo el profeta Rey: Que la paciencia y el sufrimiento del justo no perecerian en el fin (2); y el mismo David lo testifica con la experiencia, pues despues de muchos años, y habiendo llegado á una propecta senectud, dice: No haber visto algun pobre jamas desamparado, ni que su familia hubiese quedado sin pan (3). Por esta experiencia exhortaba David á todos cuando decia: *Jacta super Dominum curam tuam, et ipse te enutriet* (4). ¿Y no son todos estos prodigios renovados en nuestro santo, otras tantas calificaciones de lo grata que le era al Señor su morada en la soledad? En efecto, asegurado Blas con las maravillas del cielo que nada obstaba el desierto para cumplir á medida del divino gusto con las obligaciones de un perfecto obispo, no quiso volver á la ciudad sino precisado por la fuerza del cruelísimo Agricolao.

Sucedió, pues, que en el tiempo de aquella persecucion que padeció la cristiandad (5), como maquinase Agricolao modos cruelísimos con que atormentar á los mártires, creyó satisfacer su odio si llegaba á hacer perecer los cristianos entre los colmillos y las garras de las fieras. Con esta mira mandó á sus soldados salir á los montes, para que le trajesen cuantos animales cayesen en sus manos. Asustando los montes con su ruidosa caza iban los ministros de Agricolao, cuando la casualidad

(1) *Psalm. 144. v. 15.* (2) *Psalm. 9. v. 19.* (3) *Psalm. 36. v. 25.*
(4) *Psalm. 54. v. 23.* (5) *Bol. Act. S. Blas. fol. 337. lit. c.*

ó la providencia les guió á la cueva de nuestro Blas. Allí le vieron rodeado todo de indómitas fieras, á las cuales curaba sus llagas, y con quienes alternaba cánticos de loores al Dios de los cristianos: pasmados con la novedad, corrieron á contarla á Agricolao, el cual dió luego órden, que tomando el socorro necesario de mejores armas y mas animosos soldados, volviesen al monte y trajesen á su presencia aquel hombre de quien le hablaban. Corrió al desierto la espantosa tropa, y previniendo Blas su llegada, salió á hacerles el recibimiento todo alborozado y lleno de gozo. Seais bien venidos, les dijo, dias ha que impaciente os esperaba. Esta noche se me ha aparecido tres veces mi Redentor, y me ha dicho que me levantara á ofrecerle sacrificio, y así vamos en hora buena en el nombre de mi señor Jesucristo. Llega Blas á la presencia de Agricolao, el cual recibíndole con el mayor agrado, le dijo con blandura y suavidad: Bien venido Blas, amigo mio carísimo, y de nuestros dioses inmortales. Dios te guarde, ó presidente, respondió Blas, y para que te guarde, ruégote no llames dioses á los que son depósitos viles de iniquidad, obras de las manos de los hombres y escondrijos de los demonios, en cuyas manos serán entregados todos aquellos que los adoran.

Herido con esta respuesta el bárbaro Agricolao, revistese de sangrienta cólera, y manda luego, que colgado de un árbol nuestro Blas, le azoten con cadenas de hierro, y le despedazen sus carnes con peines y garfios acerados. Déjase ver el bendito mártir cubierto todo con la púrpura de su sangre, y sin balancear un punto en la firmeza de su fe, ni mostrar flaqueza entre tanto diluvio de tormentos, tiene ánimo para encararse con el presidente y hablarle en esta forma: O cruelísimo Agricolao, engañador de las almas, y perseguidor de la verdadera y casta Religion, ¿piensas contrastar mi entereza con tus tormentos? Esperas que cederé á la violencia de los garfios y de los peines? Aguardas verme doblar la rodilla ante esos ídolos escandalosos, llevado del temor á la muerte con que me amenazas? Te has prometido sacar de mí ventajas á fuerza de dolores? Mal conoces Agricolao á los cristianos. Multiplicar llagas sobre llagas es hacernos mas invencibles. Nosotros amamos ardientemente la muerte, como que ella nos ha de introducir en los contentos eternos, y por esto es, que cuanto mas crueles é inexorables son los tormentos, tanto mayor es en ellos nuestro

gozo, pues nos van acercando á aquella hora de la muerte tan suspirada. La vida en nada la estimamos nosotros, sino para hacer de ella al Señor que adoramos gustoso sacrificio; mira, pues, qué tristeza nos causará el perderla. Al fin desengáñate, Agricolao, que, sobre mi palabra, no tendrás el bárbaro gusto de verme adorar tus falsas divinidades. Yo me reiré siempre de tus tormentos. Emprende arbitrar nuevos modos de atormentarme, pero está cierto, que primero habrá de ceder tu crueldad que mi sufrimiento. A resolucion tan animosa de Blas, dióse por vencido Agricolao, y mandó cerrar á nuestro bendito mártir en una oscurísima cárcel, para que la hambre triunfase de aquella vida, contra quien nada habian podido los garfios, los peines y los azotes.

Yo cuando me retiro allá dentro de mí mismo, y abstraído de todo aquello que puede serme estorbo, atiendo solamente á nuestro benemérito obispo puesto en la cárcel y rodeado solo de las tinieblas, sin mas aliento que las lágrimas, sin mas lecho que la desigualdad del duro suelo, sin mas compañía que la invisible de su ángel custodio; sin otro lenitivo de sus dolores que la mordacidad de sus llagas: cuando yo, pues, conseguida la deseada abstraccion de todo bullicio, miro á Blas segun los sentimientos de la carne en un estado tan deplorable, me parece tambien estar oyéndole que hablando con su Dios, le da estas ó semejantes amorosísimas quejas: Señor, y Dios altísimo, muchas veces os he dicho: hablad, Señor, que vuestro siervo oye; ahora os ruego que oigais vos, porque vuestro siervo habla. Mirad, Señor, nuestros padres nos hicieron una larga narracion tan sincera como verdadera de las grandes obras que hicisteis á beneficio de nuestros mayores. Nos dijeron la descendencia de vuestra benignidad con Abrahan, Isaac y Jacob. Que los hicisteis respetables á los pueblos, autorizados para con los príncipes, temibles á los soberanos, agradables á todos. Oímos cuán soberano se mostró tu poder para beneficiarlos en la salida de la cautividad. Que desataste las nubes en horrosas granizadas: que abriste calles entre las aguas; que sepultaste entre las hondas caballeros y caballos; que hiciste resolverse los cielos en delicadísimos manjares; que á pesar de los ardientes rayos del sol, les hacia sombra en sus jornadas una densa y hermosa nube; que de noche para que no echasen ménos la claridad del sol, sustituiste como farol hermoso, una

columna de fuego. Sabemos, Señor, con cuán amorosa vigilancia los guardasteis, para que no fuesen ofendidos de las naciones. Protestasteis que cualquiera que los ofendiese, heriría las pupilas de vuestros ojos. Estas y otras maravillas habeis obrado, Señor, con nuestros mayores. Así lo hemos oído con nuestros oídos, y de ellas nos han informado nuestros padres: *Auribus nostris audivimus, Patres nostri annuntiaverunt nobis* (1). Cómo pues, Señor, se ha barajado tan lastimosamente nuestra fortuna con un metamorfosis tan extraño? Sobre mí, Dios mio (por no hablar ahora de los otros mártires) sobre mí descargan toda su ira los hombres, y como si no tuviese Dios que me guardara, me acometen y prevalecen contra mí. Soy hecho semejante á los que caen en el lago, ó como hombre solo y sin compañía para la defensa. Cualquiera tiene salvo conducto para ofenderme, y como si nada pudiera el Dios á quien sirvo, me maltratan impunemente mis enemigos. Todo el dia me cubre la cara el rubor y la vergüenza, por la voz del que me da en rostro y me persigue. Señor, en qué he desmerecido yo vuestra proteccion? Yo he caminado siempre por los caminos que me señalasteis, he vivido penetrado de vuestro temor, y si no cuento mis misericordias con los pobres, mi cuidado pastoral sobre mis ovejas, y mi solicitud por la exaltacion de vuestra gloria, es porque no parezca que me glorío y envanezco en otra cosa fuera de vos mismo. No obstante tengo ánimo para deciros, Señor, que nunca fuisteis tan bien servido de aquel antiguo pueblo, como de mí. Tantas veces se revelaron contra vuestra Majestad y vuestros ministros. Os dejaron á vos para ir con las naciones á ofrecer inciensos á los ídolos. Fueron incrédulos á vuestros oráculos, ingratos á vuestras mercedes, groseros á vuestra familiaridad, y desconocidos á vuestras abundantes misericordias. Nada de esto podeis imputarme á mí, Señor. Ahora, pues, dadme licencia para que os pregunte, Dios mio: De dónde nace tanta blandura y suavidad con aquellos y tanta severidad para conmigo? A las aflicciones de nuestros mayores siempre propicio; en mis trabajos y persecuciones siempre inexorable. Ninguno los ofendia que no fuese conocido como sujeto á vuestra venganza; todos me atormentan, y ninguno siente el efecto de vuestro enojo. Ea

(1) *Psalm. 43. v. 2*

pues, altísimo Dios, renuévense en mí vuestras misericordias antiguas. Por tí me mortifican todo el dia, y soy estimado como oveja llevada al matadero. Dejáos finalmente obligar de mis ruegos. No escondais, ni apartéis mas vuestro rostro, mostrando olvidaros de mi tribulacion y necesidad. Levantaos os repito con el perseguido profeta, levantaos en mi defensa, y sacadme á salvo de tantas tribulaciones. Levantaos, por qué dormís Señor? Con vuestra asistencia triunfaré yo de la tiranía; pero si me dejais, seré sumergido por las aguas de tantas tribulaciones.

De esta manera, Señores, me imagino yo que nuestro Blas formase sus amorosas quejas al Señor, no para que le librase de las tribulaciones y dolores que le rodeaban, sino para empuñarle á que fuesen mayores los socorros de su poderoso brazo para mantenerse. Quiso el presidente hacer nuevas pruebas de la constancia de Blas, y hallándole tan invencible como al principio, le mandó arrojar en una laguna para que sumergido entre las aguas, fuese alimento sabroso de los pezes. Hizo el santo la señal de la cruz, y entrándose animoso, caminaba sobre ellas con la seguridad que si caminara sobre un enlosado de cristal; y haciendo de ellas púlpito, predicaba las maravillas de Dios y la verdad incontrastable de nuestra fe. Venid, ciegos idólatras, decia á los ministros de justicia, y experimentad si por ventura sois tan felices que por beneficio de vuestros dioses os paseeis festivos sobre las aguas. Entrad aquí conmigo con la confianza en vuestras falsas divinidades, que os librarán de naufragar. Avergonzados los idólatras (1) con estos insultos, entraron en el lago 65 hombres, todos los cuales cayeron sumergidos en lo profundo de las aguas como plomo, de la misma manera que aquellos otros infieles de quienes habló Moises en su cántico cuando dijo: *Submersi sunt, quasi plumbum in aquis vehementibus*. Mirando este triunfo del divino Poder estaba nuestro santo, cuando oyó la voz de un ángel, que le decia: *Egredere, et præparatam á Domino coronam justitiæ accipe*. O pontífice amigo de Dios, sal de esas aguas y ven á recibir la corona de inmortal gloria que te tiene preparada el Señor. O nueva la mas dichosa que se puede dar á un hombre! Y quién, señores, podrá explicar el gran gozo de que seria lle-

(1) *Bol. Act. S. Blas.*

no el espíritu de Blas? Es creíble que absorbo todo, le tomara á David sus palabras para decir con él: Héme alegrado con lo que se me ha dicho, iremos á la casa del Señor. Ó día sereno, ó día claro que ya has amanecido! Luego diré con el Profeta, que así como lo he oído, así lo he visto en la ciudad de mi Dios y mi Señor. Entónces, alma mía, verás, abundarás, se admirará y dilatará tu corazón.

Apenas el presidente Agricolao miró á Blas fuera de la laguna, pronunció contra él definitiva sentencia, y mandó que al punto fuese degollado. Arodillóse Blas en el suelo, y clavando sus ojos y corazón en el cielo, hizo al Señor la siguiente súplica: Dios y Señor de las virtudes, que á mí tu indigno siervo os habeis dignado concederme victoria de mis enemigos, conceded, Señor, por vuestra gloria y mi memoria la salud á todos los que humildes os la pidiesen. Apareciósele Jesucristo Señor nuestro, y otorgó propicio la petición de su siervo. Entónces se llegaron los ministros, y descargando sus espadas con bárbaro valor, le hicieron caer en el suelo la cabeza. Este fué el último y mayor ejemplo que dió Blas á sus ovejas, que fué dar la vida por la fe que les predicaba. Esto fué ser obispo perfecto: esto fué atender á sí, y á sus ovejas encomendadas: *Attendite vobis, etc.* Mas esta atención y cuidado que tuvo Blas de sus ovejas, la ha extendido despues de su muerte á todos los cristianos. Fuera materia prolija, y aun imposible, contar los beneficios espirituales y temporales, de que ha llenado á todos los hombres. Su beneficencia amorosa con los que padecen enfermedades de garganta, ha sido muy apreciada y conocida en el mundo. Por los prodigios que ha obrado á beneficio de sus devotos en todos tiempos y en todas materias, le intitula Bolando, último escritor de su Vida: El obrador de milagros: *Patrator miraculorum* (1). Y su beneficencia no la ha mostrado solo socorriendo en las mas extremadas urgencias corporales, segun que de ello nos da un testimonio auténtico san Findano. Oraba este santo una noche junto á un altar, donde se veneraban algunas reliquias da nuestro insigne mártir. Imploraba con ardientes súplicas su patrocinio para alcanzar de Dios la absolucion de sus pecados: en lo mas fervoroso de su oracion, se dejó oír una voz que le decia: *Sedes tua in caelo, jam demis-*

(1) *Bol. Act. S. Blas. in principio.*

sis peccatis, posita est; tus pecados son perdonados, y ya tienes en el cielo preparada la silla de tu descanso.

¿Tenemos necesidad, señores, de que se nos perdonen nuestros delitos? Hemos concebido un verdadero deseo de salvarnos? Pues obliguemos el mérito de san Blas, para que nos reconcilie con nuestro Dios ofendido. Él en la hora de su martirio intercediendo por sus devotos, no limitó su petición, ni el Señor puso término á su promesa. Todos igualmente podemos salvarnos por su patrocinio, si todos igualmente le obligamos con la imitación de sus virtudes.